



**LANZA**



NICOLA GRIFFITH

# LANZA

Traducción de

Arrate Hidalgo

Ilustraciones de

Rovina Cai

Corrección de

Rebeca Cardenoso



Título original: *Spear*

© Nicola Griffith, 2022

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Arrate Hidalgo, 2023

© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2023

Calle Acebal y Rato, 3, 33205, Gijón

[www.duermevelaediciones.es](http://www.duermevelaediciones.es)

Primera edición: septiembre de 2023

Ilustración de cubierta e interiores © Rovina Cai, 2022

Corrección: Rebeca Cardenoso

Diseño y maquetación: Almudena Martínez

Revisión de galeradas: Daniel Pérez Castrillón

ISBN: 978-84-127011-6-6

Depósito Legal: AS 02239-2023

Impresión: Kadmos

Printed in Spain — Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Kelley, mi amor y mi lago*



# ÍNDICE

Lanza

-11-

Nota de la autora

-187-

Agradecimientos

-203-

Posfacio

por Vicky Guerra

-207-







**E**n el yermo salvaje, una niña que crece. Una niña que tiene por hogar la espesura, el matorral deshojado de retoños flacos y grises en uno de cuyos flancos crece, verde, el musgo. En este matorral, el flanco musgoso no da al norte, sino que se curva formando un círculo y dando la espalda al mundo; y en el centro, ahí donde las ramas forman más inhóspita maraña, se alza un cerro. En la cara del cerro, siempre oculta al mundo, está la boca oscura de la cueva donde la niña mora con su madre.

Que la niña sepa, nadie de dos piernas salvo su madre y ella misma ha pisado nunca este lugar. Su madre no sale de la cueva más que para ir a los huertos en el lindero del matorral, y si lo hace es solo en verano, cuando las hojas prestan velo suficiente para cubrir el bronce bruñido por el sol de las copiosas ondas de su pelo, cuando el duro esmalte azul de sus ojos podría tomarse por nomeolvides. En cambio, la niña tiene por hogar la espesura entera. Deambula por todo Ystrad Tywi, el valle de los Tywi que huyeron de Dyfed en el Hace Mucho. En este valle, no hay árbol al que no se encarame. El árbol le dará refugio, y los pájaros que en él anidan

cada primavera le cantarán, advirtiéndola de cualquier par de piernas que se acerque. En mayo, cuando caen las flores de los árboles y florecen las hierbas del sotobosque, la niña distingue por el perfume de cada una el gusto que tendrá con según qué carne, si es cura de algo, a quién puede matar. Por su néctar sabrá de las polillas que vienen a beber de ellas; también de los murciélagos que cazan a las polillas, y los recovecos a los que regresan para quedar suspendidos, envueltos en sudarios de cuero, con el sol del verano elevándose alto, tan alto que ilumina hasta el mismo centro del matorral. Antes de la cosecha, cuando el zumbido de las abejas se extiende aletargado y denso como la miel, la niña percibe en su vibrar ajetreado el sabor de su vuelo a ras del arroyo, las cascadas por las que fluye a raudales la corriente, las riberas por las que serpentea el agua, donde los juncos crecen apretados y muge el avetoro otoñal. Y cuando empieza a caer la nieve una vez más, la niña atrapa un copo con la lengua y siente en el vientre el lamido del lago del que el copo fue arrancado por el sol estival, muy lejos: un lago como una promesa que algún día conocerá. Entonces, así como el mundo se repliega para el invierno, tal se recogen la niña y su madre, escuchando el crepitar del fuego y, tras la cortina de cuero de la entrada, el suave siseo de la nieve que se asienta sobre las lomas y hondonadas como fieltro blanco.



**EN LA CUEVA** hay un gran cuenco colgante. «Mi copa», la llama su madre, cuando le cuenta historias. Los días cálidos, días radiantes y preciosos en los que su madre se aventura a salir a la luz del sol —atrae a un pájaro para que se le pose en el dedo y entona su canto—, la copa es un regalo para una Elen garza y risueña de parte de su amante, el padre de la niña, de

ojos del color gris verde del mar. Esos días, su madre la llama Dawnged: su bendición, su dádiva y merced. A la niña le gusta ese nombre, le gustan esos días en los que el cuenco no es más que un cuenco, y trabajan juntas en el huerto mientras su madre le cuenta historias de los Tuatha Dé, los dioses de los sidhe que llegaron a Eiru-por-sobre-el-mar con cuatro grandes tesoros, uno por cada una de las cuatro islas del Allende que se hundió. Los Tuatha están en eterna riña a cuenta de estos tesoros.

—Está el Dagda, con su corcel de medianoche. Su tesoro era el mejor de todos: la copa de oro... No, las alubias no las hundas tanto, Dawnged. —Y la niña empujaba menos la siguiente alubia en la hilera de tierra amontonada—. Pues bien: esa copa... ¿La recuerdas, regalito?

Y la niña decía «¡Sí!» y la madre le hablaba de la Morrigan, cuyo corcel era gris, y de como le había robado la copa al Dagda para quedársela ella, y como después su amante, Manandán, hijo del mar y creador de brumas, se la había robado a su vez. Y después la niña preguntaba: «¿De qué otra forma llaman a la Morrigan?», o «¿Qué otro nombre tiene el Dagda?». Pero su madre la abrazaba sin contestarle, la advertía de no robar nunca, pues robar desgasta el alma, y después se echaba a reír, le desordenaba el pelo y le besaba los ojos —«Iguálitos que los de ambos»— y se prometían mutuamente que se quedarían siempre juntas en la cueva.

Esos días de buen tiempo en que su madre era ella misma, la niña escuchaba también los cuentos de Lugh el de la lanza resplandeciente, y de Elatha, el guardián de la piedra. Escuchaba la historia de Núada el rey, que fue dueño de la espada de luz; hasta que Bres, hijo de Elatha, se la arrebató, y Núada hubo de contentarse con un brazo de plata. Y Bres, Núada y Lugh tenían solo un nombre cada uno.

Pero las historias mudaban con los cambios del tiempo. Los días lóbregos de otoño, cuando el viento gemía y arrancaba las últimas hojas solitarias de los árboles y jugueteaba inquieto con la paz de madre e hija, metiendo la lengua hasta el fondo de su cueva cálida —intentando sacarlas a lenguaradas como la niña había visto hacer a un tejón con las hormigas de un árbol—, esos días, su madre se tornaba sombría y extraña. La niña se despertaba por las noches con los gritos de su madre que soñaba: un hombre venía a robar, venía a robarle a su hija, robarle su pago. Esos días su madre no comía, sino que encorvada sobre el cuenco no hacía más que atisbar el futuro y seguir a la niña con ojos torturados. Le gritaba, despotricaba, confundía a la niña y los cuentos también, pues entonces la propia Elen aparecía en ellos. En esos cuentos la copa no era una dádiva: era algo robado tres veces, era un pago cobrado. En esos cuentos Manandán era un cruel embaucador que llegó con su copa a Dyfed siguiendo a los hombres saqueadores de Eiru, y se encontró a Elen, Elen cuya magia era frágil y humana contra el poder de los Tuatha Dé, y allí Manandán la tomó por la fuerza y la hizo prisionera, su esclava deseosa —no, deseosa no; forzada a desear—, hasta el día que ella escapó llevándose la copa de oro como pago. Huyó y se escondió en el interior de la cueva de los trofeos robados: el primero, la copa que robó a su primer ladrón; el segundo, ella misma, que había sido robada y se robó a sí misma de nuevo; por último, el regalo que robó y del que él no sabe nada. Esos días, Elen la llama Tâl: su pago.

—Porque se me debe, Tâl, se me debe. Me lo debe, sí, por poseer mi alma y mi mente; y el otro también me lo debe, porque él lo sabía. Vaya si sabía lo que haría Manandán. Pero nunca nos encontrarán, no. Seguiremos así, escondidas, a salvo, y nunca sabrán cuál es tu verdadero nombre.

Nunca quiere decir cuál es el verdadero nombre de la niña, ni quién es ese otro, y las historias siempre cambian. Y la cueva permanece siempre oculta.



**EL CUENCO NO** es de oro, no es de plata, ni de bronce batido siquiera; es esmalte sobre hierro negro que nunca se mella ni se abolla, aunque a veces el hierro brilla con una luz trémula reflejada desde otro lugar. Aun recién sacado del fuego nunca quema la mano que lo sostiene, y quienquiera que beba de él sanará. O eso cuenta Elen a la niña. La niña no sabría decir si es cierto porque bebe y come del cuenco cada día, pero cada día está más y más alta, más y más fuerte; su pelo tiene la misma onda pesada que el de su madre, pero es más pálido —latón en lugar del bronce de su madre—; sus ojos son de color gris mar con un toque de verde. Con los dedos recorre las asombrosas bestias que se entrelazan en el bronce incrustado, recorre sus alas izadas, sus ojos de vidrio brillante; toca los fríos blasones esmaltados por los que unos grandes garfios sujetan el cuenco cuando está suspendido, empuja con la palma de la mano los cuatro pequeños bultos de hierro de la base sobre la que se sostiene junto al fuego; suaviza las puntas afiladas de las lanzas de los caballeros grabados en la superficie, las líneas limpias de las espadas que empuñan en una batalla eterna.

La niña es cada vez más veloz. Corre con los corzos. Aprende a cazar con Cath Linx, el de las orejas copetudas, empapada del placer de acechar y abalanzarse. También caza con trampas, con honda y piedra y con su único cuchillo, que afila hasta dejarlo agudo como una esquirla de cristal; ya no llora al cobrar el corcino o la liebre, pues su madre y ella han

de comer; aunque más de una vez ha dejado al lebrato en su nido y deseado a la liebre de ojos endrinos lo mejor para sus crías. Cuanto más crece y se le estiran las piernas, más se aleja en su vagar; abarca una milla, una legua, tres leguas, diez. Es una tierra baldía, largo tiempo abandonada a merced de la humedad y el frío, y desde la marcha de los Crestas Rojas no hay rey que la haya reclamado para sí, aunque en su día sí lo hubo, y algún día lo volverá a haber. Se encarama a un olmo cuyas hojas nuevas saben a acedera, un olmo que no tiene más nombre que Olmo. A veces Olmo la acuna suavemente hasta que se duerme en la brisa de la primavera tardía, o en susurros le explica cómo es crecer a partir de un retoño, absorber agua de las profundidades de la tierra, sentir el mundo que muda con cada estación, y en una ocasión le muestra el gavilán que espera con ojos de caléndula a que el zorzal charlo abandone el amparo de su nido. La niña sigue la corriente de un riachuelo hasta un pequeño estanque, un escondite donde una pata ha puesto sus huevos, y la niña mantiene este estanque escondido de los zorros y de Cath Linx, y a veces lo visita para disfrutar viendo a los patitos que chapotean por primera vez, agitan las alas bien abiertas, se pierden y oyen que su madre los llama para que vuelvan a salvo con ella, la pata que no tiene más nombre que Pata.

Y cuando ella también regresa con su madre, mejillas en flor, frescas de tanto campear, su madre llora y le implora que no se aleje, que tenga cuidado —pues la niña es suya, su dádiva, su tesoro, su pago, lo único que tiene—, pero la niña nota que su fuerza va en aumento: tiene que correr, escalar, poner a prueba su potencia.

Una de las veces que se aleja mucho sigue una voluta de humo gris azulado que serpentea al sur, bajando por donde el valle empieza a abrirse, y llega a una nueva granja, construida

junto a las ruinas de otra abandonada en el Hace Mucho a la humedad y el frío. Pero ahora la tierra vuelve a ser cada vez menos húmeda y más cálida, y la gente está volviendo poco a poco: no es gente sacada de los cuentos, sino de verdad. Agazapada en un soto de avellanos, escucha y observa el movimiento de la gente alrededor de la casa circular, recién construida, por cuyo techo puntiagudo se escapa el humo azul. Hablan una lengua que se parece a la suya, aunque no es exactamente igual: es más roma y de tallado tosco, desdibujada por el tiempo. Tienen nombres; cada uno tiene uno diferente que no es de nadie más. Un nombre, piensa, es lo que hace de las personas lo que son. Un nombre es como se conocen a sí mismas. Estas gentes no son como ella ni son como su madre; algunas tienen una forma distinta, sus voces son ásperas y graves como la de una vaca que muge. Sigue sigilosamente a dos de ellas, que han dejado su seto de zarzas atrás y caminan hasta una aliseda, junto al arroyo que corre cerca de su casa. Hacen mucho ruido: con pies descuidados parten ramitas y patean piedras sin prestar atención por si alguien pudiera estar escuchando. Hablan, pero las cosas que dicen —vellón, esquila, esposas— no tienen ningún significado para ella. Uno es más grande que el otro, y más viejo, si bien ambos tienen pelo dorado rojizo en la cara, ralo como la barba de un cabro. Tienen la piel como cuero curtido y su olor es distinto al de su madre y ella, que en invierno huelen a humo de leña y pieles gruesas, grasa y ceniza, y en verano a las hierbas que trituran en el estanque para bañarse y al vino amarillo pálido que preparan el mes de la miel. Estos huelen a sudor y hierro y piel de oveja.

Se agazapa en el mantillo húmedo del sotobosque y los observa talar los alisos y colocar los leños en pilas. No se fija en la madera ni en las piernas que se curvan y flexionan con cada

golpe, sino en las herramientas: el destrial pequeño y afilado y el hacha larga. Una vez apilada la leña, los dos se sientan un rato; ella espera, paciente. Cuando con un suspiro se ponen en pie, sigue sus pasos de vuelta al seto de zarzas que cerca su casa. Los ve atravesar el hueco que hace de puerta y asegurar una reja de zarzas para taparlo. Ella se sube a un avellano del soto y ve que uno cuelga su hacha de un clavo junto a la jamba de la puerta y el otro hinca el destrial en el tocón de la entrada. Entran.

La casa protege de la creciente oscuridad. O eso creen. En el avellanar ella espera, silenciosa como una piedra, a que caiga la cortina de la noche. Entonces se cuelga por el seto de zarzas, libera el destrial del tocón, se lo fija al cinto y se echa el hacha al hombro. Tiene un buen mango de olmo, ya alisado por un año de uso. Toca el hierro frío. Una buena hoja. Una hora más tarde vuelve y del clavo cuelga un par de liebres y sobre el tocón deja un panal de miel.

Los meses siguientes se corre la voz entre las nuevas granjas: las hadas campan a sus anchas, invisibles, claro está, igual que en los cuentos y al mismo tiempo diferentes, pues lo que buscan es brillante hierro. Ella los escucha, inadvertida, y se sonríe al oír a las gentes susurrar que como un hombre descuide un punzón o un cincel por un momento, se esfumarán; que como una mujer desatienda su cesto, el ovillo, con agujas, cizalla y todo, se desvanecerá en el aire como niebla al sol. Y a veces dejan fuera un trozo de queso, o una hogaza de pan de cebada, y piden un favor en voz alta, y ella encuentra la cabra que se les ha perdido, o arranca de un terreno el tocón que se les resiste antes del alba. Mientras tanto, en la cueva, el mobiliario de ramas que fuera suficiente para una mujer menuda y desesperada con un bebé se ve reemplazado por sillas robustas y una mesa de madera talada de un árbol, cortada y



labrada. Ya no duermen en el suelo junto al fuego, sino en una hermosa cama con un soporte de cuero entretejido. Y la niña ya lleva tanto tiempo escuchando el habla de quienes nunca la vieron que a veces sus palabras toscas se le cuelan en la boca, y su madre se encoge al oír el sonido del mundo exterior. Esas ocasiones suplica una vez más a la niña, a Dawnged, su bendición, su dádiva, que le dé la espalda al mundo que se extiende más allá. A lo que la niña responde: «Pero ese mundo está lleno de personas que tienen un lugar, que se tienen entre ellas, que se tienen a sí mismas. ¡Y tienen nombres! ¡Ahí fuera, en el mundo, todo es nuevo y diferente!».



**ASÍ PUES**, su madre, para que no perdiera el interés, le enseñó el lenguaje de los libros y con gran reticencia le mostró su arcón de pergaminos. «Estos cuentos tratan del mundo —le dijo—. Aquí están todas las aventuras, todo lo nuevo y diferente que te pueda hacer falta». Los cuentos de héroes y grandes hazañas, los acertijos y tragedias sí interesaban a la niña, pero muchas de las historias hablaban de cómo vendar una herida y cultivar un huerto, criar un rebaño y preparar para guisar un ave recién cobrada, y todo eso ella ya lo sabía. Y todas las personas que aparecían en las historias tenían nombres, y ella no; y nunca daría con su nombre quedándose en la cueva.

Empezó a vagar otra vez. Ahora que sabía lo que significaban las marcas, empezó a verlas talladas en las piedras, nombres que se decía a sí misma en voz alta: *De la hija de Cunignos, Avittoriga, o Aquí puesta por la mano de Maglicunos, hombre de Elmet*. Y a partir de estas aprendió otro lenguaje, uno que no le había enseñado su madre: el lenguaje de los cortes que eran